

Filosofía, Arte y Letras



"Historia fantástica de la sangre", óleo de Carlos Balaguer, por exponerse en Galería 1-2-3.

Pintura brasileña

AMARAL: las frutas de la guerra

Ya fue Frida Kahlo, el "lirio lastimado por el destino", la que pintó los frutos víctimas de la vida y sus dolores obscenos, reflejando en sus naturalezas muertas sus frutos malogrados, malogrados en el vuelo inicial de la miel, desbaratando toda posibilidad del florecer y fructecer de la esperanza, del dulce cosechar de una vida cualquiera.

Hoy es Amaral de Brasil. No haciendo, a diferencia de Frida, una metáfora del fruto y de su propio y subjetivo vivir en su desilusión, sino llevándolo a la subjetividad de todos. Amaral decide la elección de una fruta simbólica de su raza para representar un plano testimonial de la belleza, coartada por el hombre y sus ideas. Su manifestación, como liberación del día y todos sus acontecimientos, en el caso de entender como acontecimientos a todas las asombrosas revelaciones de Dios, el hombre, pequeño y grandioso, entre ellas.

Sin embargo, buscar un contexto racional es un tanto inútil a veces dentro de la expresión integrada del autor y lo que le rodea en la historia, siendo que éste no elabora un guión literario que anticipe su obra. No podemos más que sentir, ya que en sus lienzos encontramos bananos maniatados, atravesados, cortados y mutilados por utensilios de mesa, asomando su interior como el de un cuerpo, con sus vísceras, sus ramificaciones nerviosas, con el sangrar incontinente de su miel.

La fruta, como fruto de la tierra, del espacio, de la espera en la sangre, sobreviene en el tema expresivo de la

pintura, en esta modernidad de lenguaje, como el modelo sentimental en la presentación de parábolas que reflejen una condición dada del hombre y sus problemas morales. Justo es que la fruta —como culminación de la naturaleza— pase a ser el contrapunto con lo obscuro, lo inmoral, lo no estético de la vida. De ahí que en la composición plástica se la tenga que enfrentar y envolver con otros elementos que, de alguna manera, coarten la quietud del símbolo a fin de provocar el conflicto, el salto dialéctico.

Hace algunos días estubo en el país este notable pintor brasileño, Amaral. Su presentación fue un indudable acierto, tanto por su calidad, como por la labor diplomática de aquella nación en nuestro país. Lamentablemente no me fue posible lograr un mayor acercamiento personal, pero su obra se encargó de relacionar su interioridad encadenándola a los resultados externos.

Amaral es un autor de "interpretaciones". Distingo que no es de "interpretación", sino de "interpretaciones" porque su obra, con exquisita economía de elementos, encierra la amplitud tal del contener múltiples interpretaciones. Recuerda la selva, la humedad verde de los campos brasileiros.

Yo guardo mi interpretación personal. Amaral y las frutas de una lucha más. Amaral y la fruta universal maniatada, mutilada y desperdicada. Amaral, las frutas de América, del mundo, de la vía láctea. Amaral, las frutas de la guerra.

Por
Carlos
Balaguer

Los Libros y los días

Memorias "no escritas"

Por Ramón J. Sender

— I —

Siempre he creído, razonablemente o no, que los que alcanzan una edad muy avanzada (por ejemplo, noventa años) han tenido que ser excelentes personas. De otro modo las secreciones internas de las que tanto sabía Marañón, habrían alterado peligrosamente su salud. Las malas personas tienen demasiados ácidos en el estómago y toxinas en la sangre.

Una mujer gripia (así las llamamos en España, todavía) o un hombre zaino no van muy lejos.

Viene todo esto a cuento de las memorias de la viuda de Tomás Mann, que acaban de publicarse en inglés después de haber tenido un éxito resonante en alemán. La autora Katia Mann ha cumplido gozosamente sus noventa y dos años y a juzgar por su libro, las secreciones internas siguen siendo juveniles.

Es un libro optimista y feliz. Con acento casi adolescente Katia Mann cuenta su infancia en Munich, su noviazgo, su boda, su entrada en la maternidad, los incidentes de la vida en el seno de una familia inteligente y hermosa que se vio obligada a huir de Alemania. Su exilio en los Estados Unidos, sus relaciones con gente importante en las artes y las letras. Lo más curioso del libro es que a pesar de estar escrito —en gran parte dictado— con un acento directo y sin inhibiciones ni cuidado del riesgo, no hay una sola expresión maliciosa o de doble sentido con intención de herir.

Por eso hablo de la relación de la bondad natural con la longevidad. La señora de Mann no era una gripia a lo español ni a lo tudesco. Era una mujer de veras hermosa a juzgar por las fotografías, que fue feliz e hizo feliz a los que la rodeaban. Ha llegado así a los noventa años y llegará seguramente a los cien. Escribe sobre su famoso marido con admiración y con amor, que son sin duda ciertos y no retóricos ni simulados, porque en todo el libro no hay el menor rastro de servilismo, adulación ni afectada reverencia.

El título del libro: "Memorias no escritas" tiene dos interpretaciones. Puede significar "no escritas todavía" por nadie de su familia o bien "dictadas al azar de las memoraciones y recogidas por sus editores", cosa realmente cómoda en estos tiempos de micrófonos y cintas electrónicas.

No hay duda de que la señora Mann ha sido y sigue siendo feliz y su felicidad es un testimonio en favor de la existencia de ese "amor total" en el que creían los románticos. Y en el que casi nadie confía hoy. La mayor parte de la gente cree que el hombre y la mujer que se consideran enamorados ensayan la convivencia tratando de cultivar dos formas de egoísmo incompatibles la una con la otra, pero paralelas, es decir no en colisión ni conflicto. Y si lo consiguen se dan por satisfechos.

Pero parece que la idea del amor que teníamos en nuestra baja adolescencia existe en alguna parte. Al menos al estilo de Macías en el "Doncel de don Enrique el Doliente" y en "Pablo y Virginia". Y con solución idílica según el libro de Katia Mann.

El exilio de los Mann en los Estados Unidos fue un periodo lleno de incidentes gloriosos, rico en honores y satisfacciones profesionales sin necesidad de aludir al premio Nóbel, es decir, dentro del círculo de la vida familiar y de las relaciones sociales de cada día.

A pesar de que los alemanes suelen ser gente de difícil asiento, de tendencia totalitaria, es decir que se adaptan fuera de su país hasta perder su naturaleza germánica y adquirir otra nueva o se defienden y mantienen su raíz teutónica hasta la muerte. Sin términos medios. Los españoles somos más acomodaticios, quizá porque en general tenemos algún don de influencia en el nuevo ambiente que les falta a otros europeos, y de una manera absoluta a los franceses y a los ingleses.

Poemas de Walt Whitman

Poetas de mañana

Poetas de mañana: ¡Oradores, cantantes, músicos de mañana! El día de hoy no me justificaré ni explicaré por qué estoy aquí, sino vosotros, los de la raza nueva, propia, atlética, continental, más grande que las conocidas hasta ahora. ¡Levantaos, los que debéis justificarme!

Escribo solamente una o dos palabras para el futuro; me adelanto un solo momento y vuelvo seguidamente a la oscuridad.

Soy un hombre que me paseo sin llegarme a detener, fijo casualmente los ojos sobre vosotros y vuelvo seguidamente el rostro. Os dejo la tarea de explicaros, la de definir todo esto, en definitiva os reservo lo más importante.

Cuando leí el libro

Yo dije:

— ¡Es esto lo que el autor llama la vida de un hombre; y así, cuando yo haya muerto, alguien escribirá mi vida? Así, como si alguien pudiera saber realmente algo de mi vida, ni yo mismo, que a menudo pienso que nada sé o muy poco de mí mismo.

solamente unos destellos, algunos vagos indicios, que para mi único uso intento reproducir aquí.